

«EL PENSIL»

El día que fui á *El Pensil* era día de gran tragín en la casa.

Estaban haciendo los últimos ensayos, porque aquel día se esperaba una gorda.

El diputado en persona, de su puño y letra, había escrito al alcalde que, teniendo que ir al pueblo de más abajo, para asuntos, pasaría en la tartana, con toda puntualidad, allí á las dos y cuarenta y cinco; que se detendría en el pueblo cinco minutos justos que tenía disponibles, y que, por lo demás, saludaba cordialmente á todos los amigos políticos, y en particular á *El Pensil, esta noble y laboriosa Sociedad, que tanto esplendor da y aun presta á mi pueblo preferido.*

—Nada—había dicho el Alcalde—; hay que irle á recibir á la salida del pueblo con todo el cabildo—. Y mientras ellos conferenciaban, *El Pensil* cantaríá algo durante los cinco minutos de paro de

la tartana, y eso daría tono á la conferencia, y al saludo, y mucho realce al pueblo.

El Pensil llamó á los socios para ensayar á las diez de la mañana, con el fin de presentarse ensayados á aquel sujeto de autoridad, y no dar un que sentir á la reputación local.

Cuando llegué se preparaban la voz á fuerza de gaseosas, en la sala, una sala alta y espaciosa, en la que cabían aunque fuera tres coros á la vez. Era *capaz*, bien ventilada: era ancha de sobra, con sus paredes bien desnudas, con su acústica (hasta acústica tenían), con la lista general de los coristas que tenían voz, y de los que no tenían voz, pero tenían voto; con un retrato, hecho á mano, de un Presidente muy bueno que habían tenido, y con el armario de jacaranda al *testero*, guardador del estandarte glorioso, pequeñito como el de los *Luis*, azul como el de las *Hijas*, pero con dos medallas de plata sujetas con imperdibles y un gran lazo de colar *punzó* que decía: «Canprosa á *El Pensil*», prenda regalada en unos juegos bastantes florales, donde habían ido á cantar; juegos de los mejores que se habían celebrado en tres leguas á la redonda; y si bien criticados con cierto descaro por algún descastado de los juegos, muy defendidos y aplaudidos por todos los jugadores de nota, por muchos *escribidores* de nota y por los trovadores de renota.

Allí estaban, reunidos en coro, todos los individuos del coro, todos los veteranos de la voz, los

cantantes noveles, y además las familias de los coristas, con todos los chiquillos, que crecían con más voz que los mismos padres coristas. Allí estaban esperando por grupos, y sólo á simple vista ya se podían distinguir las facultades vocales que tenían. Los bajos eran altos; los barítonos y los segundos, menos segundos y barítonos cuanto más presencia tenían; y en cuanto á los tenores eran muy robustos, como si aquella vocecita flaca la hubiesen pedido prestada y no se la hubiesen dado á la medida. Pero dejando diferencias de voz, un poco odiosas, como todas las diferencias, estaba allí todo lo joven, todo lo bueno y lo mejor y la esperanza del porvenir; no muy fornidos, un poco sosos, muy callados á *simple vista*, pero que cuando querían estar de broma sabían estarlo, y se daban unos porrazos tan tremendos como la broma.

Pero aquellos no eran momentos de *juerga*; eran momentos solemnes. El maestro había dado órdenes: los segundos y los barítonos se habían puesto en medio, con Jepet delante para que no le quitasen la vista á causa de la cortedad de talla; los tenores habían formado á la derecha; los bajos á la izquierda, con Juan al frente de las fuerzas reunidas, y el maestro de estudio y de coros en el mismo centro del cuadro, preparándose para la batalla.

¡Y qué batalla! ¡Y qué tiroteo! ¡Y qué guerra *intestinal*! Primero ensayaron un coro, lo que se

dice para hacer boca; una habanera triste, con letra alegre, á la que no le daban importancia. Los bajos no tenían más que decir: ¡Sí, sí! y siempre ¡Sí sí!; los segundos hacer un buen murmullo, bien arrullador y bien murmurioso, y los tenores llevaban el peso de todo el fuerte de la música. La cosa pasaba en América, pero la habían traducido al catalán, y entre un arrullo *guachíngango*, se oía: «No t'arrossis! «Sí!» «Deixa-m-encendre!» «Sí, sí!» «Salta, Jordi, que hi a un rec!» «Ai, sí, del rec! ¡Ai, sí, sí!», dicho todo con una finura que las voces no llegaban de puro flacas y de puro sutiles.

¡Pero la habanera, ¡ay! se bailaba sola! Lo que venía después era un rompevoces terrible. Iban á ensayar nada menos que un *pot-pourri* hecho de *Los Pescadores*, de Clavé, y de alguna otra cantata. ¡Pobre Clavé y pobre maestro! ¡El vivo temblaba, pero más hubiese temblado el muerto si hubiese oído aquella olla!

—¡A ver! A ver si hoy entramos todos á un tiempo. La, mi, la—iba dictando de grupo en grupo—. Ahora. ¿Estamos á punto? Pues, andando. A la una, á las dos, á las tres. Esperen, que se me ha caído la partitura.

Ya habían arrancado unos cuantos, antes de lo de la partitura, y no los podían detener. Costaba mucho soltarlos, pero cuando ya lo estaban costaba más hacerlos callar que encaminarlos otra vez.

—Ahora va en serio. Piano, muy piano. Que no oiga yo más que á quien tengo que oír, y si no oigo nada, mejor. Andando. ¡Va!

Ya iba. Y ¡alabado sea Dios!, ya iba y andaba solo. Ninguno gritaba al principio, todos pianito, bien pianito, lo más pianito que podían. Eso del «¡Ya va!» lo decían como ninfas, como señoritas de su casa, como si tuviesen á la puerta la gallina de la fábula y contestase la zorra: «¡Ya va!», imitando la voz de niña. No había aún tropiezos. El murmullo de los barítonos era nasal, como correspondía; los bajos daban su nota con toda la gravedad de su cargo; los tenores no se propasaban; pero apenas llegó aquello de la barca: «¡Ahora!, ¡ahora!, ¡ahora!, ¡ahora!, ¡ahora!, ¡ahora!»; nunca ponían los «¡Ahoras!» con medida, y la barca se iba á los escollos.

—¡Ay, ay! ¡Pobre de mí! ¡Ay, qué oído!—gritaba el señor Juan—. ¡Compasión, hijos míos! Acordáos de que Clavé hizo mucho bien en este mundo. Otra vez, otra vez. Y, ¡por Dios!, los «¡Ahoras!» más seguiditos. Vamos. ¡Ahora, uno! ¡Ahora, dos! ¡Ahora, tres! ¡Ahora! ¡Ahora! ¡Ahora!... ¡Y ahora basta! ¡Basta! ¡rayo del cielo, y perdón ó dimito la batuta!

El maestro empezaba á sudar, y aprovechaba un momento de música sosegada que venía para dejarlos ir á su placer y enjugarse el sudor que le corría por la cara.

«¡Rata-pata-pata-patatam-pam-pam!»

—Otra vez.

«¡Rata-pata-pata-patatam-pam-pam!»

—¡Basta! ¡Asesinos! ¡Basta, os digo! ¡Detenéos si podéis! Volvamos al «Rata-pata!», y... andando, andando, que va bien, muchachos. ¡Animo! ¡Adelante! ¡Fuera el polvo de las orejas! ¡Aquí los bajos! ¡Por vida de estos bajos! ¡Los tenores! ¡Animo los tenores, que ya acabamos! ¡Un esfuerzo y salimos! ¡Alto! ¡Más alto! «¡Infla la flámula el aura..., el aura balsámica!» ¡Infladla, infladla, que ya es nuestra! ¡Ese grito final, el gran grito final! ¡Ahora, muchachos, que ya es nuestro!

Y al decir nuestro, había ganado la batalla, pero caía medio muerto sobre una silla.

—¿Ya hemos ensayado bastante?—dijo Jepet.

—¡Sí, hijos míos! Vosotros no os cansáis, y eso que no escaseáis las facultades; pero á mí, que de esas facultades no gasto, cada ensayo me parece tres días de cama. Me voy haciendo viejo. Coged el estandarte y al fielato. Portáos bien, que nunca ha venido un Diputado al pueblo, y esos son hombres que saben muy bien por qué lado se desafina.

Cogieron el estandarte y salieron á buscar al Ayuntamiento. El Ayuntamiento y ellos salieron á recoger á algunos que faltaban, y todos juntos, el Rector, el Vicario, el Juez, el sereno, el alguacil, el pregonero (poco ó mucho, de todo tenían en aquel pueblo), las clases pasivas, las clases activas y toda clase de clases, menos el carabinero de servicio (que había ido á dar una sorpresa), salieron arrin-

glerados en procesión *cívica* por la carretera, con gran extrañeza de los vecinos, que no sabían lo que pasaba y sacaban la cabeza por las puertas. Hasta cinco ó seis de *aquellas* viejas, viendo aquella especie de procesión, y no enterándose de que era cívica, cogieron sus rosarios y fueron siguiendo detrás, siguiendo por rutina, por costumbre y por tradición; por aquella tradición *inculcada* que les hacía ir detrás de todas las filas que veían.

Llegaron al fielato é hicieron alto. Caía ese sol que ya hemos presentado al lector varias veces, el protagonista del pueblo; aquel sol de marca de fielato, y aún faltaba una hora para el *acto*. Los de los consumos sacaron sillas para las autoridades, un poco de agua y bastante aguardiente; pero los de *El Pensil* hubieron menester dos pañuelos; uno para el cuello, para que el sudor no les ablandase la camisa, y otro, para no mancharse al sentarse sobre la grava. ¡Y lo que tardaba aquella tartana!

—Ahora debe estar pasando la colina—decía un segundo.

—Ahora debe atravesar el río—decía el bajo—. No puede tardar. Puede que venga la tartana con retraso. Puede que haya volcado...

—No tengáis miedo—decía el alcalde—. Estos hombres nunca se retrasan ni se adelantan.

—Me parece que veo una sombra—decía Jepet, que, á más de jugar tan bien al billar, tenía vista.—Sí, sí; ya viene, ya viene.

—Entonces, preparáos—decía el maestro—y ojo con ese «Rata-pata» y con «la flámula».

Se acercó la tartana y arrancó el coro, llegó... y canta que canta; se abrió la portezuela, y canta que cantarás; y en vez de bajar de la tartana el Diputado, se vió una mano que salía y estrechaba la del Alcalde cuando estaban en el «Rata-pata», y aquella mano de la tartana tiró del Alcalde hacia dentro, y mano, Diputado y tartana se fueron carretera abajo con toda la gente detrás.

—¡Alto! ¡Que calle el coro, que se van!—gritaba el Presidente de *El Pensil*.

—¡No podemos! ¡No podemos!

—¡Párelos usted de una vez!

Los paró en plena flor de la flámula y dijo:

—Compañeros: deliberemos. ¿Corremos cantando detrás de la tartana? ¿Qué se vota?

—Que no—dijeron muchos.

—Ya que estamos aquí, cantemos aquí, y no nos rebajemos—dijo Jepet.

—Yo tengo el *pot-purri* en la boca—dijo otro.

Todos:

—Cantemos.

—Pues, andando: *La... mi... la...*—dijo el maestro—y ojo con el «¡ya va!» y con los «rata».

Y allí, en pleno sol y en plena flámula, y en plena grava, y en plena indignación cívica, y en completa soledad de oyentes, arrancaron con *Los pescadores*.

Los hijos de los coristas corrían por la carretera, las mujeres se abanicaban con el delantal, y

ellos cantaban como cigarras, hermosos de fe y de buena voluntad y de civismo coral, sin más oyentes que el podenco del fielato, que lloraba con grandes ahullidos como si fuese á haber una muerte en la casa del fielato, y los portaleros del fielato, que escuchaban medio tumbados bajo la enredadera.

Al día siguiente, el Alcalde corrió á *El Pensil* con un telegrama en la mano que le había traído un propio.

—Leed, los que sabéis de letra: Telegrama del Diputado. «Agradecido alma recibimiento entrada grata cariñosa. Siento falta *Pensil*, noble, laboriosa Sociedad, esplendor da presta pueblo preferido.»

¡Ya véis si están en todo estos hombres! Se ha acordado de *El Pensil*.

—A mí me parece, por lo que dice, que no se enteró de que estábamos allí.

—¡No había de enterarse, simple! Ellos de todo se enteran. Eso quiere decir, que os oyó cantar poco tiempo: que, á haber podido, se habría pasado la mañana, allí al pie del fielato.

Y se quedaron mirando aquel papel azul, admirados de que, corriendo tan deprisa, pudiese decir tantas cosas buenas.

EL CALVARIO

Era el jardín del pueblo.

Estaba cerca del pueblo.

Había un río lleno de guijo, con piedras que parecían cocidas y calcinadas, dos ó tres chopos sentados sobre las piedras, y nada más que más piedras.

El río estaba seco, y cuando dejaba de estarlo, se llevaba media llanura, toda la huerta, algunas cabezas de ganado, el puente (el puente no dejaba nunca de llevarsele), todos los montones de paja, un árbol cada vez, y se volvía á quedar seco.

Desde allí se veían los cipreses que señalaban el Calvario, y en seguida se llegaba á él.

Dos grandes hileras de estos árboles tristes bordeaban el camino, y la primera capillita del primer misterio de gozo señalaba la entrada.

El paseo que formaban los dos agrupamientos de cipreses, altos y frondosos, y como hechos de

maderas de bronce, serios y mayestáticos, puestos en filas de verdor, con las capillitas blancas al pie y á la sombra de aquella majestad seria, habría causado mucho efecto al viajero de emociones; pero allí todo estaba hecho para el reposo, y no había manera de exaltarse.

Al hacer el tren, habían hecho pasar la vía, con esa rectitud que tienen las vías cuando son vías de tren, que no respetan bellezas, justamente por encima de aquel Calvario, separando el tercero del cuarto misterio de gozo, entre el Nacimiento y la Purificación, el kilómetro 214; y ahora las capillas y los cipreses y los devotos, para ir Calvario arriba, tenían que pasar por debajo de un puente, por entre dos palos de telégrafo. Además, las porcelanas de los palos y los alambres se destacaban un poco demasiado sobre el aterciopelado de aquellos árboles melancólicos; además, el puente dejaba caer carbón de cok y carbonilla sobre la limpidez de la hierba; y además, ¡tan además!, la ventolera y el traqueteo de los expresos alzaba una blanca polvareda del cruce de un camino vecinal, y dejaba los árboles centenarios blanqueados de arriba abajo, haciendo destacar más sus años y sus achaques, como aquellas damas Luis XIV, que con los polvos de los cabellos se les veían más las arrugas.

Seguía el Calvario al otro lado del puente, y allí ya calvarieaba más; los cipreses recobraban su seriedad natural, y si no eran tan frondosos, porque eran más de secano, al menos no estaban teñidos

del humo de la locomotora y se presentaban más dignos de hacer todo con su sombra á los misterios de dolor que comenzaban á subir, pintados dentro de capillas blancas y sobre azulejos de Valencia; la oración de Nuestro Señor, la flagelación en la columna, la coronación de espinas y la cruz con la divina agonía, todos los pasos de la Vía medio borrados, con ortigas naciendo en las juntas de los azulejos, con el Centurión y los judíos arañados y estropeados á pedradas, y con los lagrimones de lluvia, derramando musgo sobre las tres Marías, y llorando con ellas lágrimas de soledad, de abandono y de ruina.

Más adelante, el Calvario subía un poquito más, siguiendo los misterios de gloria, y cuanto más de gloria iban siendo los misterios, más flacos se tornaban los cipreses. Primero eran anchos y frondosos, después largos y flacos, y sobre el altozano ya no más eran troncos yermos, troncos con cuatro plumitas verdes, todos de telarañas, restos de árbol sagrado que hacían una pelusa de sombra á la Resurrección de Cristo, á la Ascensión, á la venida del Espíritu Santo, á la muerte de la Virgen y á su glorificación, hecha con azulejos rotos, con pinturas desteñidas, y rodeada de cardos llenos de espinas y soledad como las plantas del cementerio.

Allí la gloria se acababa, se acababan los escalones y los cipreses, y delante de una plazoleta desierta, sembrada de duelo, despojada y yerma, no había ya ni gloria, ni cipreses, ni sombra; no ha-

bía más que esperanzas; y además, había la pobre casita de la fe, la ermita, aquel farolillo de ilusiones de los pocos que las tenían en aquel pueblo, colgado sobre un cerro como linterna que sólo de noche se veía lucir, hiciese sombra y miseria, hiciese fiebre ó agonía, como una caleta donde refugiarse los días de tráfago en que soplabá viento de desgracia... Pero, eso sí, una cala humilde, pobrecita y sin adornos, como todo lo de aquel desierto de tierra; una cala desde donde se veía el pueblo, triste como era, completamente llano; los tejados planos, la iglesia tan plana como las casas, y todo aplanado sobre una llanura lisa, labrada, ni azul ni verde, ni yerma ni poblada, y extendida como un sudario que no se ha tenido tiempo de bordar: una cala tan lisa y tan llana como la llanura que estaba viendo, que tenía por fachada una pared desolada y fría como una tumba de casa de caridad, como un sepulcro de niños huérfanos ó como un monumento de pobres.

Dentro, en medio de aquel monumento, y al fondo de todo rodeado de vestidos de percalina, bajo un dosel negro con galones amarillos, y entre un techo de pámpanos de clase decorativa, lo primero que se veía al entrar en la capilla y llenándola con su majestad, era el Cristo de la Sangre, y era tan de la sangre, tenía tanta sangre, era una figura tan carminosa, frente por frente de la puerta, que á la primera impresión daba angustia y frío, más que inspirar deseo de compañía. Bajaba la san-

gre por su cuerpo, cara abajo, manos abajo y pies abajo, deslizándose por la cruz; le manaba como fuente abundosa por la herida del pecho, y los cabellos, entre la sangre de las espinas, parecían cabellos de muerto, cabellos de nicho ó de *ex-voto*, cayendo sobre los hombros, cayendo hasta la toalla que le envolvía las piernas, blanca y tersa, de una blancura de sudario que hacía destacar por sombra, por bermeja, por tétrica, aquella morenez macabra, que parecía mirar al pueblo, abajo de todo, con mirada indiferente, muerta sin muerte, medio compadecida y medio vaga, y con una sonrisa de tristeza y desconfianza para los que subían á verle.

Eso sí; los que subían del pueblo le traían ofrendas y promesas, miembros de cera colgados con esas cintas con que se cuelgan los adornos á la palma; trenzas enteras encaracoladas dentro de una caja; vestidos de niño; muletas de hombre, y otros tristísimos desechos del dolor y de la esperanza, aún con sudor de angustia; pero se las traían con tanta caridad como miedo, y con tanta fe como egoísmo. Las trenzas se donaban con la condición, exigida inconscientemente, de curarse de un tifus ó de unas viruelas; las licencias de soldado, entregadas después de haber sacado buen número ó de haber pasado un buen *servicio*; barquitos de madera, regalados después del temido naufragio; tantas volcadas cabeza abajo, en las que había muerto toda la familia, pero se había salvado la

víctima del *ex-voto*; casas quemadas, con seguro y sin quemadura mayor; ladrones nocturnos, que no han robado más al portador de la ofrenda porque no llevaba más encima, y cien y cien desgracias más que no han llegado á ser desgracia, pagadas con un tanto por ciento de fe, con un tanto quieto, tanto te he de rezar, sin darse cuenta de ello, en el libro de la conciencia; un recibo moral adelantado con el milagro; con aquella infeliz tacañería que tenían tantos de aquel pueblo, que les hacía regatear con sus mismas creencias, tratando de engañarse á sí mismos cuando no podían engañar al prójimo.

Tanto es así que, cuando había salud, ó no sucedían desgracias extraordinarias, ó se tenía un ir pasando de bienestar moral ó material, se veían subir muy pocos hombres á aquella ermita, dejándola desierta y medio cerrada con el alma de los cipreses para consuelo y compañía. Las que subían eran las viejas, aquellas viejas de siempre, aquel enjambre de siluetas de alas negras. Muchos viernes se llamaban con voz de vieja, y, saliendo de sus casas hacían corro á la salida del pueblo, ó se encontraban al pie del primer misterio de gozo. Desde allí, y uno á uno, después de los de gozo los de dolor, después de los de dolor los de gloria, los iban pasando todos, y rezando en todos, y arrodillándose delante de todos y siempre rezando el rosario, y subiendo siempre calvario arriba. A cada parte de rosario paraban de rezar, y en aquellos

rellanos de descanso, en aquellas paradas de fe, se contaban sus cosas: hablaban de la cofradía, de las vecinas, de las que no habían venido, del señor vicario, de las *Hijas*, de la olla que habían dejado á la lumbre, del dolor de San Luis, de la juventud y del tiempo que tiene que estar la olla á la lumbre; y tornaban á reunirse y tornaban á rezar, y á murmurar otra parte de rosario, y á seguir caminando bajo los cipreses; y *virgo fidelis*, y *ora pro nobis*, un escalón; *especulum justicie*, *ora pro nobis*, otro; *sedes sapientia* y *causa nostra leticia*, y *ora* y *ora* y más *ora pro nobis*, acababan la letanía, y acababan los escalones al llegar al pie de la ermita.

Ya habían cumplido las viejas. Allí hacían media y zurcían la ropa del viejo, sentadas en los asientos de piedra. Ya se había hecho casi de noche. Las chimeneas de las casas dejaban escapar un hilito de humo que subía derecho en el aire, liso y azul y sin hacer una sola curva; los cipreses daban olor á madera vieja; el pueblo, á pueblo viejo, y todo á aliento de cementerio, y la quietud que se sentía allí en lo alto, llegaba á ser aterradora.

Parecía imposible que pudiese haber en aquel pueblo un lugar más de paz que el mismo pueblo, y le había.

Era el calvario.

Era el calvario; era el parque místico del pueblo, el esparcimiento, el lujo, el jardín, el ideal,

la mejora, el ensanche y la perfección de su imagen.

Y la imagen soñada de un pueblo tan aletargado, tenía que ser un cementerio en el que se pudiese reposar en vida.

EL AYUNTAMIENTO

La escena en la sala del consistorio. Sala pobre. Ha sido blanca y aún lo es, poco ó mucho. En la pared principal, un dosel; debajo, el Rey de *turno*; más abajo, la Presidencia; más abajo, el Secretario; aún más abajo, las mayorías; concejales primero, segundo y tercero, que hablan; los que no hablan, pero que dan alegría á la sala, y las minorías lo más á la izquierda posible; tan á la izquierda, que casi ya han dado la vuelta. El Beco, Juan el de *El Pensil* y el amo de *La Esperanza* hacen de público. El Alcalde ha tocado la campanilla, el Secretario ha leído la *sesión anterior*, que no ha entendido nadie, pero que han aprobado, y comienza la sesión verdadera.

EL ALCALDE

Señores: Me atreveré á pedir á los compañeros de consistorio, tanto á aquellos que forman la com-

pacta mayoría como á las honradas minorías, que hoy presten atención, que se fijen, que se abstengan de echar la siesta en los sillones concejiles, como ha pasado más á menudo de lo que permiten las leyes. La sesión de hoy ha de ser equitativa, y estricta, y se han de dilucidar puntos muy oscuros, y se ha de hacer mucha luz. Luz. *¡Fiat lux!* como decía aquél... Ahora no recuerdo quién lo decía.

EL SECRETARIO

Dios.

EL ALCALDE

Dios nuestro Señor, que nos guarde de todo mal. Pero yo digo que se debe tratar de mejoras muy urbanas y precisas; de asuntos de media urgencia, y de otros que, si bien no corren prisa, tampoco estará mal hablar de ellos. Queremos demostrar que el partido conservador, que hoy gobierna, y que me ha dado amplias facultades de gobernar á las minorías, también ama el progreso; pero un progreso de buena ley, un progreso bien *entendido*, un progreso tibio, un progreso que no progrese. Hasta los partidos se han de tener con medida en el mundo.

UN MINORÍA

¡No es verdad!

EL PÚBLICO

¡Muy bien!

EL ALCALDE

Qué, ¿hay que tener el partido radicalmente?

EL MINORÍA

¡Muy radicalmente!

EL PÚBLICO

¡Bien!

EL ALCALDE

¡Si no callan, les echaré de la sala! No quiero alborotos en el pueblo. Quiero mejoras, y para eso nos hemos reunido. Tenemos que hacer administración, administración verdadera, hermanada con las mejoras. Por ahora se trata de poner otro banco en la plaza. Los que hay ahora están al sol, y tenemos que poner otro á la sombra. ¿Qué dicen ustedes de lo del banco?

EL MINORÍA

¡Protesto!

EL ALCALDE

Y ¿por qué?

EL MINORÍA

Porque protesto. ¿Es que las minorías no vamos á tener derecho á protestar? ¡Digo que protesto!

EL PÚBLICO

¡Muy bien!

EL ALCALDE

Pues ¡muy bien! ¿Nadie tiene más que decir en lo del banco? Permito que hablen las mayorías.

UN MAYORÍA

Yo creía.

EL ALCALDE

¡Muy bien! ¿Qué creía usted?

UN MINORÍA

Yo creía... que según...

EL ALCALDE

¿Y nada más?

UN MAYORÍA

No más que según y conforme.

EL ALCALDE

¿Se vota que según?

TODOS

¡Sí, sí!

EL ALCALDE

Entonces, queda aprobado que según... y que conste. Además, una plaza sin arbolado, ni es plaza ni tiene arbolado. He leído más de dos veces en libros que hablan de estas cosas, que el que no tiene

árboles no tiene lluvias, y el que no tiene lluvias no tiene árboles. Empecemos por los árboles, ya que no le está permitido al partido conservador, ni a ninguno otro, empezar por las lluvias. Propongo al pueblo plantar diez plátanos en la plaza.

EL MINORÍA

¡Protesto!

EL ALCALDE

¡Ya me lo figuraba!

EL MINORÍA

¿Por qué se lo figuraba usted?

EL ALCALDE

Porque también protesto yo, cuando soy de la minoría.

LAS MAYORÍAS

¡Muy bien!

EL ALCALDE

Además, la Presidencia consulta. Consulta siempre la Presidencia. ¿Qué les parece de los diez plátanos?

EL MAYORÍA

Yo, con permiso del Alcalde, y creo que conforme con el parecer de los compañeros de mayoría,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MARTEL"
Apto. 1525 MONTERREY, MEXICO

propongo prudencia: las mejoras se han de hacer con *mónita*. Al pueblo se le ha de dar gas, pero á media llave; música, pero á medio tocar; libertad, pero con Guardia civil. Nuestro pueblo, que tenemos tanto honor en guiar, es un azogue: todo lo quiere deprisa: está lleno de gente exaltada.

EL ALCALDE

Pido al orador que se explique.

EL MAYORÍA

Quiero decir que no pondría los diez plátanos. Este año, pondría tres ó cuatro; el año que viene, dos más; al otro, otro, y así adelantan los pueblos.

EL ALCALDE

Pongamos ocho y no hablemos más.

EL MINORÍA

¡Voto en contra!

EL ALCALDE

Aprobado. Se pondrán los ocho plátanos, y como nuestra plaza no es plaza de regadío, y eso del llover de que hemos hablado, aún hay para rato, propongo también, y lo propongo con todas mis fuerzas, que se compre una regadera, que se alquile un hombre entendido en regar, que se den tres duros á la semana, y que sea Juanito el del fielato.

EL PUEBLO

¡Fuera, fuera!

EL ALCALDE

Al que no se calle, se le revisará el reparto. *(Pausa)*. ¡Así me gusta! Que calle el pueblo. El pueblo tiene que callar siempre. Si no admitís á Juanito el del fielato, presento la dimisión. Es cuestión de empeño y de honrilla.

EL MINORÍA

¡Arruinar al pueblo!

EL ALCALDE

Si quieren ustedes hacer economías, propongo que no se planten los ocho plátanos, pero que se nombre á Juanito. Vuelvo á decir que es cuestión de empeño y de honrilla. ¿Entra Juanito?

EL MINORÍA

¡No!

EL ALCALDE

¡Queda admitido!

EL SECRETARIO

¿Y los ocho plátanos?

EL ALCALDE

Que pasen á la Comisión.

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD
"ALFONSO REYES"
1925 MONTERREY, MEXICO

EL SECRETARIO

No hay Comisión.

EL ALCALDE

Invéntela usted, y apunte y calle. El pueblo tiene que progresar, pero no me canso de repetir que ha de ser con calma, y mucha y mucha calma. Nada me encarga el gobierno tan encargado, como que evite las bullangas. «Vosotros—me dice á cada paso— los que sois clases directoras, regenerad, administrad, y no os fijéis en política.» Nuestra misión, Concejales, ha de ser hacer mejoras positivas y más mejoras. Yo, señores, siempre os diré lo mismo, mientras tenga vara y mando. Nada de política efectiva. Tengamos vida propia y autónoma, pueblo propio, Municipio propio y todo propio. Seamos amigos de los amigos, como decía San Agustín, si mal no recuerdo. Seamos amigos de la justicia, de las tradiciones municipales, de las leyes escritas, y sigamos como hasta ahora hemos seguido. Las naciones que tienen buenos pueblos, son buenos pueblos de naciones. ¿Hay algo más que decir?

TODOS

¡Muy bien, muy bien!

EL MAYORÍA

Yo propongo...

EL ALCALDE

Deprisa, que vamos á cerrar la sesión,

EL MAYORÍA

Propongo, con permiso...

EL ALCALDE

¿Qué? ¡Deprisa!

EL MAYORÍA

Un voto de confianza al Alcalde.

TODOS

¡Muy bien, muy bien!

EL ALCALDE

Gracias, concejales. Yo también tengo confianza en vosotros. La tengo absoluta y firme. Estando, como estamos avenidos, podemos hacer muchas mejoras; pero hoy ya hemos hecho bastante. Cada día iremos haciendo alguna, y nos encontraremos mejorados, sin traqueteos ni sustos, sin más que evolucionar por las vías progresivas. He dicho. Y se levanta la sesión.